ted con la sequedad terebrante de la época. Conserva usted del periodista la facilidad de concepción y el pulso acelerado que le imprimen los sucesos. Es usted un apurado. Su cinematógrafo interior trabaja por tracciones rápidas. Teme usted que la cinta se le arranque y se haga un vacío de luz inocua. Por eso, a veces, su gráfico mental es un tanto monótono. En su fraseo activo no cabe la delectación morosa de la palabra almizclada. Más bien propende la palabra a docilizarse bajo lo táctil de su pensamiento obrero, empujándola y subsumiéndola.

Como ideólogo, también se aparta usted de Prada en cuanto a la interpretación de la toxemia nacional. Busca usted en la entraña popular y en los conflictos de la raza los pródromos de sus calidades asépticas. Trata usted de percibir el ritmo de la biología cósmico-sociológica, para deducir las premisas de su docencia. Los deterioros de la historia le sirven a usted de reactivo, gritándole en la sangre la frase denunciadora de "peruanizar al Perú". Todos los tópicos de la nacionalidad se empujan en su pluma de una manera apresurada, buscando la solución de los contrarios un cauce marxista. Tal apresuramiento lo obliga muchas veces a tomar lo episódico como suceso primo. Así se explica su fervoroso recuerdo a la revista "Colónida", que fué en esencia un simpático alarde literario; pero que no constituye en sí un verdadero proceso de nuestra literatura. "Colónida", toda ella, está saturada del espíritu versátil y enormemente artístico de Valdelomar, sin que se observe un hálito cohesivo, tendencioso, en los espíritus disparejos de los que lo acompañaban. Si "Colónida" ha de tomarse en cuenta en las futuras revisiones literarias del país, ha de ser sólo a la manera de una antología de la época; pero siempre en un sentido estático, como es el sentido de todas las antologías.

Prada fué políticamente un frenético, un impulsivo verbalista. La pedagogía de su credo arrancaba de los tiempos de la pedagogía del castigo. Su tranquilidad de dios griego perdía el equilbrio en cuanto sus ojos caían sobre la cosa pública. Sólo para el verso valía el marmol de su cantera. Fué un Jano majestuoso. Con una de sus caras se encolerizaba, mientras con la otra contemplaba absorto la destiladera en que se vertía la alquimia de sus polirritmos. Toda su acracia política se transformaba al otro lado de la retorta en dogmatismo estético. La necesidad exacerbada de la forma escolástica en poesía fué su grillete y el síntoma más claro de su aristocracia. — Forma y aristocracia son una misma cosa. — Por aristocracia se convirtió en exhumador de poemáticas estructuras exóticas. Su poesía rozó apenas con el ala mariposeante la superficie de la americanidad. Su depurado esteticismo lo obligó a impugnar el medio plebeyo en que tuvo que moverse. En cuanto a su literatura política, aparte de la frase musculosa, no tiene la trama ideológica que corresponde a los tejedores de utopías. Influído por los ensayistas franceses, a la hora en que la filosofía positivista se gongorizaba, su pensamiento sólo tuvo estilo. De haber sentido con verdadera pasión los hervores de su doctrina; es decir, si se hubiera visto precisado al empleo de la violencia, su actitud histórica sería la de un termidoriano. Prada pudo ser una gran personaje político, de garra socialista, si hubiera actuado con menos literatura. Desgraciadamente su inagotable orgullo de pulimentador de versos le dió cierto semblante majestuoso.

Usted, en cambio, se mantiene lejos de las inquietudes poemáticas. Lo que menos le importa es el estilo, si por estilo se entiende un refinamiento adjetival o un psitacismo artificioso; pero si el estilo es el dibujo elástico de lo que se piensa, usted posee un estilo, porque también posee usted un pensamiento que necesita desplazarse. Por eso su estilo tiene todas las trazas de la arquitectura urbana de la épo-